

LA INICIACIÓN A LA ORACIÓN EN LA CATEQUESIS

JUAN CARLOS CARVAJAL
Parroquia Virgen de la Fuensanta
Madrid

I. INTRODUCCIÓN

La oración parece estar de moda. Se hace de ella un tema corriente en grupos y comunidades cristianas. Las publicaciones sobre ella se multiplican hasta la saciedad. Son múltiples las ofertas de técnicas, materiales y métodos de oración que salen al mercado. Las propuestas de encuentros de oración, de jornadas de "desierto", de estancias en monasterios y de práctica de ejercicios espirituales encuentran siempre ecos favorables... Pero detrás de estos datos favorables, la oración permanece en su estado de marginalidad. A veces porque se reeditan los reparos clásicos: se la acusa de descansar sobre las tendencias egocéntricas y subjetivas del creyente; de ser válvula de escape ante la urgencia del compromiso por el Reino; de ser anacrónica en sus planteamientos antropológicos de partida, en las formas tradicionales de realización... Y otras porque, afirmada teóricamente, los condicionamientos básicos de la vida ordinaria del creyente dificultan su ejercicio concreto: una vida vivida sin referencia religiosa explícita; la pérdida de la persona del creyente en la dispersión del activismo; la imagen desdibujada de Dios que no es reconocido como un tú... El hecho es que unas y otras dificultades impiden que la oración sea entre nosotros la realidad floreciente que cabría esperar.

Este déficit de la experiencia orante tiene como consecuencia el debilitamiento de la relación personal de los creyentes con Dios y el consiguiente empobrecimiento del conjunto de la vida cristiana. La oración es el trato amoroso del discípulo de Jesús con Dios. Por ella, el cristiano se une, en el Espíritu, al Hijo de Dios, actualizando y fortaleciendo su

relación filial con el Padre. Por la oración se aviva el acto de fe y su llama ilumina y calienta la totalidad de la vida del cristiano. Podemos decir, con peligro de simplificar, que mientras no se fortalezca en los creyentes su espíritu de oración, no se avivará su vida de fe y, en consecuencia, su testimonio del evangelio. De la misma manera, mientras la comunidad cristiana no haga de la oración uno de sus mayores centros de atención y no considere su iniciación como una tarea urgente, el conjunto de su tarea evangelizadora adolecerá de vigor y será un pálido reflejo del trabajo por el Reino de Jesús; el cual, a la vez que sanaba a los enfermos, acogía a los pecadores y predicaba a los pobres, se apartaba a la vera del camino y madrugaba muy de mañana para dialogar con el Padre.

Es verdad que la comunidad cristiana, en general, y cada creyente, en particular, intenta dar respuesta de múltiples formas a este grave problema; pero el hecho es que la oración sigue siendo entre nosotros una asignatura pendiente. Muchos esfuerzos se quedan a medio camino, bien porque se reduce a un ejercicio de buena voluntad, bien porque la iniciación a la oración se plantea como un capítulo aparte del resto de la iniciación a la vida cristiana, sin integrarla, realmente, en su conjunto. Creo que es necesario tomarse en serio su iniciación y contemplarla en el ámbito que le es más propicio: la catequesis de iniciación cristiana.

II. LA INICIACIÓN EN LA ORACIÓN EN SU RELACIÓN CON LAS OTRAS TAREAS DE LA CATEQUESIS

La catequesis es la responsable de iniciar en la totalidad de la vida cristiana, entrenando armónicamente en todas las dimensiones que la integran. A través de esa plural iniciación, debe procurar la finalidad única que es la unión íntima de cada cristiano con su Señor. El documento *Catequesis de la comunidad*, haciéndose eco de otros documentos (cf. AG 14; GEM 2,4; RICA 19...), la encomienda cuatro tareas que corresponden a otras tantas dimensiones de la vida cristiana: "el conocimiento del Misterio de Cristo y del designio salvador de Dios con toda su profunda significación vital" (CC 85); "la vida evangélica, estilo de vida nuevo, que no es más que la vida en el mundo, pero una vida según las bienaventuranzas" (CC 87); "la experiencia religiosa genuina en la oración y en la liturgia" (CC 89); y "el compromiso apostólico y misionero de la Iglesia" (CC 91). Estas tareas son los caminos que la catequesis debe ayudar a

recorrer a los que se inician en la vida de fe; y todas ellas son necesarias para que se dé una completa iniciación cristiana. Cada una de ellas exige entrenamientos distintos, pero todas se implican y complementan mutuamente en aras a alcanzar la finalidad de la catequesis: la adhesión al Dios de Jesucristo. No es necesario que aparezcan al mismo tiempo, pero sí deben estar presentes en el proceso catequético (cf. CA 196)

A continuación, vamos a mostrar la relación y complementariedad que tiene la iniciación de la oración con la iniciación en cada una de las dimensiones de la vida cristiana. En cada tarea, vamos a ofrecer algunas pistas pedagógicas en una doble dirección: cómo dicho camino enriquece la iniciación en la oración y cómo la oración enriquece la iniciación en esa dimensión de la vida cristiana. Por el espacio, nuestras apreciaciones no dejarán de ser generales.

1. *La iniciación en el conocimiento del mensaje cristiano*

El Dios cristiano es un Dios revelado. él, por propia iniciativa, ha salido al encuentro del hombre. Los acontecimientos históricos interpretados por las palabras que él mismo inspira a sus profetas son signos de su cercanía amorosa para con el hombre. En la plenitud de los tiempos él mismo, en la persona de su Hijo, se ha hecho acontecimiento y palabra. Palabra encarnada e historia atravesada por su presencia. En Jesús, Dios se ha entregado, en persona, al hombre.

El creyente es aquel que, a través del conocimiento de los portentos realizados por Dios y de la acogida amorosa del misterio de Cristo, acepta la amistad que el Padre le manifiesta y responde libremente entrando en relación de vida y amor con él. Es inseparable la adhesión y la entrega confiada a Dios (creer *en*, la *fides qua*) y el asentimiento cordial a los acontecimientos y mensajes por los que él se revela (creer *que*, la *fides quae*). Pues bien, en la diversa acentuación de ambos elementos y en su conjunción está la base de la distinción y complementariedad de la iniciación en el conocimiento del mensaje cristiano y en el de la oración.

a) El contenido del mensaje cristiano fundamenta el acto de fe.

El creyente no puede adherirse al Dios revelado si no le conoce previamente a través del testimonio que de él hace la Iglesia. Cuando al terminar la catequesis el bautizado hace la profesión de fe, con ella se adhiere al Dios verdadero. En ella expresa en síntesis el conjunto del misterio

cristiano y reconoce a Dios como Padre y creador, a Cristo como hombre e Hijo de Dios, al Espíritu como origen de la vida y de la santidad, a la Iglesia como la comunidad de salvación en la que se congregan los discípulos de Jesús y la vida eterna como meta de la vida en Dios. El creyente, al terminar su formación y confesar el símbolo de la fe ante la comunidad, le está devolviendo lo que ella previamente le ha entregado: su experiencia del evangelio salvador.

Ciertamente, a lo largo del proceso catequético la comunidad cristiana, por medio del catequista, hace una exposición completa de la historia de la salvación¹, la desentraña y se la ofrece a los catequizandos para que éstos "lleguen a comprender la autenticidad de las enseñanzas que reciben" (Lc 1,4). Con ello, además de ofrecerles una visión orgánica de la fe, se les quiere introducir en la experiencia creyente del pueblo de Dios. Sólo comprendiendo el significado vital y salvífico que tiene el evangelio, el cristiano podrá hacer de él marco de referencia al cual referir toda su vida (cf. CA 176). Y sólo escrutando entre el testimonio de la Escritura y la Tradición la acción de Dios en favor de su pueblo, podrá el creyente descubrir en su propia vida e historia la obra salvífica de Dios. Por tanto, la catequesis, a través de la explicación de la doctrina cristiana², asienta la experiencia creyente del catecúmeno en la experiencia "objetiva" de la Iglesia, para que el acto de fe de aquel se dirija al Dios revelado y no a cualquier imagen proyectada desde su necesidad.

Como magníficamente expresa J. Colomb, "la catequesis no es en sí misma un acto de oración, sino la transmisión del misterio del amor de Dios. El que oye, no ora todavía: trata de entender, de acoger la palabra de Dios. Esta predicación y esta inteligencia implican, en la enseñanza didáctica, un discurso, una memoria, análisis y síntesis, y, como una parada, una suspensión de las relaciones afectivas y voluntarias para entender mejor"³. Es, precisamente, esta dinámica que atraviesa la presen-

¹ "Tenemos una exposición completa cuando la catequesis comienza por la frase: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra*, y termina en el período actual de la historia de la Iglesia", San Agustín, "De catechizandis rudibus" (catequesis de los principiantes) III,5, en *Obras completas XXXIX* (Madrid, BAC, 1988) 453-454.

² La clave de comprensión de la doctrina cristiana es el Símbolo de la fe; mientras que la Escritura y el Catecismo de la Iglesia son los dos puntos de referencia que permitirán hacer una explicación autorizada del mismo (cf. CA 178).

³ J. Colomb, *Manual de catequética II* (Barcelona, Herder, 1971) 79.

tación del mensaje cristiano en la catequesis la que enriquece desde la raíz la iniciación de la oración como en ningún otro ámbito. La oración es el diálogo íntimo entre Dios y el hombre, una acción que acontece en el interior del sujeto humano y, por tanto, sometida a múltiples proyecciones de su subjetividad. En la medida en que su iniciación es acompañada por la presentación del mensaje cristiano, ve abrirse ante ella nuevos horizontes que no le caben esperar al propio orante. El creyente se ve confirmado en que el Dios que él busca entre sombras, le espera, le dirige la palabra y le escucha; y la relación que él parece fraguar con esfuerzo, ha sido generosamente concedida en el bautismo. Vinculado a Jesús, hecho Hijo de Dios y habitado por el Espíritu, el creyente, conocedor del misterio que le habita y familiarizado con las obras de Dios, tiene las indicaciones suficientes para avanzar seguro en el camino oracional. Más aún, en cada sesión de catequesis, "cuando la palabra de Dios es verdaderamente acogida, es muy difícil pensar que no se esboce en el alma del oyente un movimiento de admiración, de acción de gracias, de arrepentimiento, es decir, de oración" ⁴.

b) La oración subraya el significado vital del mensaje cristiano.

También el conocimiento del mensaje cristiano se ve enriquecido por la iniciación en la oración. Cuanto más se facilita el clima oracional en la catequesis y mejor se ejercita al catequizando en el trato con Dios, lo expuesto aparece como palabras que Dios dirige al hombre y espera la respuesta cordial de éste. La catequesis pasa de ser un hablar de Dios, para dejar que sea Dios mismo el que se dirija a su criatura y le vaya mostrando los misterios de su Reino ⁵. Es la única manera que tiene el cristiano de avanzar con hondura por la fe. Es el mejor servicio que la catequesis puede hacer a los catequizandos: ponerles en disposición de ser discípulos del propio Dios que, a través de su Espíritu, les muestra "lo

⁴ *Ibid.*, 80. Más adelante el autor afirma: "Lo que hace orar no son las exhortaciones a la oración, las expresiones de oración que esmaltan, en el decurso de la plática, nuestra palabra, sino el hecho de que el oyente ha sido préndido por el misterio de Dios mismo en su grandeza, su hermosura, bondad y exigencias; el hecho de la palabra de Dios ha entrado en él", 81.

⁵ Al este respecto es interesante el artículo de A. Cañizares, "Hablar de Dios para darle gloria", tarea ineludible de la catequesis cristiana": *Teología y Catequesis* (1984) n. 1-2, pp. 25-40.

que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tener preparado para los que le aman" (1 Cor 2, 9). Sólo Dios mismo es el que puede manifestar su Misterio como Dios Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo; a la vez que abre el corazón del hombre para que dicha revelación tenga significado existencial en su vida. Es la acción iluminadora del Espíritu, manifestada en la vida teológica del hombre, la que confiere al mensaje cristiano su honda significación vital: por la fe se convierte en sentido de la vida, por el amor en fuerza que moviliza, y por la esperanza en futuro que atrae.

Más aún, en la contemplación oracional, las palabras transmitidas y las obras reseñadas por la enseñanza catequética se convierten en signos de la autocomunicación y donación de Dios al hombre (cf. CC 107). Son ocasiones de encuentro, signos sobre los cuales el creyente apoya su respuesta de entrega incondicional manifestada por la confesión bautismal. "Sin duda, el acto de fe, manifestado en la palabra inicial de su profesión: 'creo', implica creer de una manera absoluta, incondicional, definitiva. Se funda en un testimonio; pero este testimonio es peculiar, único: es el testimonio de Dios. El cristiano cree de manera que el mismo fondo de su ser se compromete en la entrega libre al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. La fe es amén de Dios (cf. 2 Cor 1,20)" (CC 165). Es en el trato filial con su Padre, a través de los múltiples encuentros que proporciona una vigorosa vida oracional, donde el creyente puede percibir las nuevas palabras que Dios le dirige y las nuevas obras que en su misericordia sigue realizando; y desplegar el acto supremo de libertad que supone la fe.

2. *El ejercicio de las actitudes evangélicas*

La dimensión moral de la fe es otra de las tareas en la que debe iniciar la catequesis. La vida según el evangelio no es simplemente una consecuencia de la fe, sino una parte integrante de la misma. A la confesión bautismal de la fe le corresponde una vida vivida como bautizado articulada por las actitudes evangélicas que Jesús fue desgranando a través de sus enseñanzas y ejemplo de vida. En la catequesis, el discípulo de Jesús adquiere el estilo de vida de su Maestro. Su vida nueva nace de la vinculación con Cristo. Se fragua y manifiesta en su seguimiento. La obediencia filial, a través de dicho seguimiento, es la piedra angular sobre la que descansa la vida moral del creyente. La vida cotidiana vivida cristiana-

mente no tiene otro fundamento que el cumplimiento de la voluntad del Padre.

Enmarcada así esta tarea de la catequesis, la iniciación en la vida evangélica no puede reducirse al conocimiento de unas normas de conducta: obligaciones que se deben cumplir y prohibiciones que se deben respetar. La vida de seguimiento de Cristo brota de la identificación del discípulo con su Señor, obrada por la acción del Espíritu. Es fruto de una transformación interior, según la nueva identidad de hijo de Dios realizada en el bautismo, que se evidencia en dicha conducta nueva. La vida del Espíritu —otra forma de denominarla— brota al dejar el creyente que Cristo viva en él (cf. Gál 2,20); pero se desarrolla en unos comportamientos concretos que prueban la verdad de esa transformación interior. En la conjunción de estos dos extremos es donde se puede asentar la distinción y complementariedad de la iniciación en la oración y el entrenamiento en la nueva vida según el evangelio.

- a) El ejercicio de las actitudes evangélicas ahonda la vinculación a Cristo.

La catequesis debe ofrecer al cristiano que se inicia un marco moral que le sirva de referencia permanente a todos sus comportamientos. Pero no se debe contentar con ofrecerle este marco teórico. De nada sirve que el cristiano conozca las actitudes evangélicas si no trata de encarnarlas en su vida ordinaria. En este sentido, la educación de la moral cristiana tiene que prescindir de voluntarismos estériles y desgarradores y debe fundamentar el comportamiento evangélico desde unos presupuestos básicos sobre los que enraizar y posibilitar el seguimiento de Cristo. El documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *Catequesis de adultos*, señala a la acción catequética algunos elementos que debe considerar a la hora de favorecer el conocimiento y entrenamiento en la vida moral: "La función de la conciencia moral en el hombre, las condiciones del ejercicio de una libertad auténticamente humana, el desarrollo de la conciencia social, la función de la ley, la educación del sentido adulto del pecado, la función del sentimiento de culpa en el hombre, el sentido de la persona como valor supremo en las relaciones sociales, la convivencia en el pluralismo, la opción radical entre el bien y el mal... todo ello visto a la luz del Evangelio, es decir, que esta iniciación a los fundamentos de la moral brota de las enseñanzas de Jesucristo" (CA 187).

Sobre este fundamento, el creyente, que es hijo, puede actuar como hijo y su deseo de seguir a Jesús deja de ser una proyección sentimental y pasa a ser impulso de entrega verificado en multitud de acciones cotidianas. Sobre este fundamento, el creyente puede encarnar la nueva que Dios quiere para sus hijos y que se haya expresada en el sermón del monte y en el mandamiento del amor. En ellos alcanza el "decálogo de la alianza su sentido pleno y definitivo" (cf. CA 188). La catequesis debe ahondar en dichos documentos y mostrar hasta qué punto pueden enriquecer una vida inspirada en ellos. No debe presentarlos como enseñanza independiente del maestro que lo enseña, sino referido permanentemente a él. El propio Jesús es su mejor intérprete, él es el bienaventurado, el que "aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer" y puede ayudar, por la fuerza de su Espíritu, a vivir en obediencia creativa a sus hermanos (cf. Heb 4,8).

Este modo de iniciar en seguimiento de Cristo, rescata a la oración de la exclusiva intimidad y la pone en medio de la vida del cristiano. En el esfuerzo concreto que el creyente hace por conformar su vida con Cristo es donde fragua realmente su relación con él. En la búsqueda de la voluntad del Padre, operativa en pequeñas actitudes y acciones, es donde el cristiano verifica su entrega incondicional que expresa en la oración a través de deseos y propósitos. Realmente, una vida vivida evangélicamente constituye la piedra de toque sobre la cual el creyente verifica su relación filial con Dios; a la vez que, ante sus dificultades, se siente remitido al auxilio del trato oracional para que su identificación con Cristo sea obra de la gracia y no exclusivamente de su esfuerzo. Quien cree obedece; quien trata a Dios como Padre, puede vivir y vive como hijo.

b) La oración fundamenta en el cristiano la vida del Espíritu.

También la iniciación a la oración enriquece el entrenamiento en la vida cristiana. La injerta en el nuevo mundo de relaciones que el creyente va estableciendo; hace que brote de su intimidad transformada y la poten-

cia cuando las fuerzas del hombre se enfrentan con su incapacidad⁶. Pasemos a describir cada una de estas aportaciones.

La vida evangélica del cristiano es fruto de la vocación recibida de vivir como hijo de Dios. Brota, por tanto, del trato filial con el Padre y fraterno con su Hijo Jesús. No se puede entender la nueva vida del creyente sin esas relaciones de las cuales es respuesta. El mandamiento nuevo del amor y las bienaventuranzas están fraguadas en la relación gozosa y gratuita de Dios con su criatura. Sólo aquel que contempla cómo Dios le hace bienaventurado y cómo le ama en infinitud de signos cotidianos, desborda en su vida ordinaria esa relación. Reconoce que el ejercicio de las bienaventuranzas y la observancia del mandamiento del amor son culto agradable a Dios y signo de amor divino para los otros. Por la actitud orante del neófito, su vida evangélica se libera de egocentrismo perfeccionista y se convierte en un momento más de su trato filial con Dios.

Más aún, por la oración la moral cristiana deja de ser vida vivida formalmente desde unas normas y obligaciones para ser, a través de ellas, vida que brota de la identidad profunda del creyente, hecho, por el bautismo, hijo de Dios en el Hijo. Es la transformación de la persona del creyente la que se expresa a través de la transformación de su vida y es en la oración donde se ahonda esa transformación. Por la contemplación del misterio de Cristo se interioriza su vida en el corazón de su discípulo. De este modo, cuando el creyente actúa, en cualquier contexto o condiciones de la vida, toda su persona da testimonio de la presencia del Resucitado, que le articula en su más profundo centro. Por la experiencia oracional, la moral cristiana deja de ser costumbre o hábito, ejercicio de voluntad o estrategia del creyente y pasa a ser expresión de su libertad y signo de su entrega incondicional a Dios.

Por último, la oración facilita que el creyente deje al Espíritu el protagonismo que tiene en el seguimiento de Cristo. La vida según el Espíritu es la propuesta que Dios hace a sus hijos atados por el pecado y humillados por su debilidad. La vida evangélica, frente a la tentación voluntarista

⁶ En muchas ocasiones se corre el peligro de instrumentalizar la oración para lograr, en el creyente, la transformación que su voluntad y sus propias fuerzas no terminan de alcanzar. La oración tiene sentido en sí misma, porque es trato gratuito con Aquel que sabemos que nos ama, no por sus frutos. Ahora bien, éstos serán siempre una resultante necesaria que dé sello de autenticidad al ejercicio oracional. Para este punto son iluminadoras las reflexiones que, en un contexto problemático, hizo J. M^a Castillo, *Oración y existencia cristiana* (Salamanca, Sígueme, 1976) 157-192.

del creyente, se manifiesta como meta inalcanzable por sus solas fuerzas (cf. Rom 7.14-25). El creyente, en la medida en que en la oración solicita el don del Espíritu y se admira de su acción callada, podrá vivir la moral cristiana lleno de gozo y no como carga ante la cual sucumbir. Es la contemplación de la obra que el Espíritu realiza en él, y en los otros, y la dejación activa en sus manos, la que lleva al cristiano a aceptar la propuesta evangélica con independencia de la consideración de sus incapacidades y debilidades. La fuerza del Espíritu se pone de manifiesto en la debilidad (cf. 2 Cor 12,9) y la oración obra las actitudes de humildad, confianza y paciencia que son necesarias para que así sea.

3. *La capacitación para participar en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia*

Algunos documentos conciliares y catequéticos posteriores unen, cuando no identifican, oración y acción litúrgica. El Decreto *Ad gentes*, al indicar los objetivos del catecumenado, señala que uno de ellos es "iniciar en los ritos sagrados que deben celebrarse en tiempos sucesivos e introducirlos en la vida de la fe, la liturgia y la caridad del Pueblo de Dios" (AG 14); no nombra para nada la oración. Algo semejante ocurre en la Declaración *Gravissimum educationis*, donde, al hablar de las tareas de la educación cristiana, señala que una de ellas es que "los bautizados aprendan a adorar a Dios en espíritu y verdad (cf. Jn 4,23), sobre todo en la acción litúrgica" (GE 2). Para, poco más adelante, asignar a la catequesis como objetivo el que "conduzca —a los creyentes— a una participación consciente y activa del misterio litúrgico" (GE 4).

Esta misma orientación la mantiene el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, que, al hablar de los cuatro caminos por los que debe transcurrir el catecumenado, señala como instrumento para iniciar en el nuevo culto de Cristo "los ritos litúrgicos oportunos", "las celebraciones de la palabra" y "las asambleas litúrgicas" —incluidas las eucarísticas—. En el punto anterior, al hablar de la práctica de la vida cristiana, sólo hace mención de que se debe acostumbrar a los catecúmenos a "orar a Dios con más facilidad" (cf. RICA 19).

Será la *Constitución sobre la sagrada liturgia* la que viene a corregir —o reorientar— esta tendencia que venimos constatando: "La vida espiritual no se agota sólo con la participación en la sagrada liturgia. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también

en su interior para orar al Padre en lo escondido; más aún: según señala el Apóstol, debe orar sin interrupción" (SC 12). A partir de este texto el *Directorio de pastoral catequética* diferencia "la vida de oración litúrgica y privada" a la vez que afirma la necesaria complementariedad de ambas iniciaciones (cf. DCG 25). Los documentos catequéticos españoles siguen esta distinción y destacan su complementariedad (cf. CC 89-90; CA 180-184): la oración es el alma de la celebración litúrgica, le da profundidad y favorece la participación "activa de los fieles, interna y externa", "consciente y fructífera" (SC 19,11); a la vez, la acción litúrgica, que es "cumbre y fuente"⁷ de toda la vida cristiana en general, también lo es de la vida de oración en particular.

Pasamos a señalar, con brevedad, cómo la celebración eclesial del misterio cristiano enriquece y configura la vida oracional del creyente y cómo ésta, a su vez, es el alma de la liturgia para que no se reduzca a una serie de ritos y palabras que carecen de espíritu y de verdad. La iniciación distinta y conjunta de ambas dimensiones es de capital importancia para la catequesis, en particular, y la vida cristiana, en general.

a) La participación en las celebraciones litúrgicas configura la oración cristiana.

A partir de las enseñanzas del concilio, podemos definir la liturgia como "una acción sagrada por la cual, con un rito, en la Iglesia y mediante la Iglesia, se ejerce y continúa la obra sacerdotal de Cristo, es decir, la santificación de los hombres y la glorificación de Dios"⁸. La celebración litúrgica es una acción sagrada articulada a través de ritos y palabras: gestos que, acompañados por la palabra inspirada por Dios, realizan eficazmente la obra salvadora de Dios. En la liturgia lo que se celebra es el misterio de Cristo, es decir, el amor de Dios Padre y la salvación que nos ha sido concedida por la vida, la muerte y resurrección de Jesús, el Hijo de Dios. Quien celebra es la Iglesia, constituida en asamblea litúrgica: congregada en y por el Espíritu y presidida por el mismo Cristo a través del ministro que le representa.

⁷ "La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (SC 10).

⁸ S. Marsili, "Liturgia", en D. Sartore / A. M. Triacca (dirs.), *Nuevo diccionario de liturgia* (Madrid, Paulinas, 1987) 1153. Para este punto, cf. E. Alberich, *La catequesis en la Iglesia* (Madrid, CCS, 1991) cap. 8: "Catequesis y liturgia", 217-235.

Esta riqueza manifiesta del culto litúrgico es lo que hace que la celebración cristiana se convierta en cumbre de todo el camino iniciatorio cristiano y en fuente de donde le viene a la catequesis toda su fuerza, significado e inspiración. Ella, en verdad, realiza el misterio cristiano en el que inicia el camino catecumenal; y por la participación en la celebración cristiana, el neófito es introducido en el misterio que la catequesis le revela y le da a conocer. Lo mismo ocurre, en el ámbito concreto, respecto a la iniciación en la oración. La participación en la oración litúrgica de la Iglesia, a la que se incorpora el nuevo orante, va a enriquecer su iniciación personal a la oración, la va a marcar con todos aquellos aspectos que en su itinerario oracional debe ir, progresivamente, haciendo suyos. Es el camino más fácil que tiene el creyente de penetrar en la auténtica oración cristiana.

Lo que el creyente aprende de la enseñanza evangélica, en la celebración litúrgica lo recibe por ósmosis: en ella, por la acción del Espíritu, invocado por multitud de epiclesis, es incorporado a Cristo y su Iglesia, es introducido en el trato filial con el Padre y la salvación se opera en él y se manifiesta en una vida teologal vigorosa. Pero también en la celebración se aprenden las actitudes fundamentales que deben atravesar la oración del creyente: la escucha y la acogida de la palabra; el lenguaje de los signos por los cuales Dios se le acerca; el silencio y la palabra oportuna para responder a su amor; la alabanza, la acción de gracias, la súplica y la imploración de perdón; los tiempos y espacios sagrados que significan de manera especial la relación religiosa... La oración del creyente, acrisolada en la celebración litúrgica, deja de ser algo privado y se convierte en eco de la oración de la propia Iglesia⁹.

⁹ No se puede hacer separación entre oración privada y oración litúrgica. El cristiano que ora como cristiano no tiene oración privada. Incluso cuando ora solo ora como miembro del cuerpo de Cristo, dentro de la Iglesia, sin que por ello su oración pierda el carácter personal. Aquí radica la importancia de que la oración personal del creyente sea cada vez más, para su conciencia y en el modo de realizarla, oración eclesial. La oración litúrgica no será otra cosa que la oración cristiana manifestada sacramentalmente en todos sus elementos. Cf. S. Marsili, *a. c.*, 1158-1161. También C. Floristán ve la necesidad de conjugar la oración y la celebración litúrgica, cf. "La plegaria en común. Actualidad de la oración litúrgica": *Sal Terrae* 5 (1987) 410-413.

b) La iniciación en la oración favorece la participación en la celebración del misterio cristiano.

Pese a la riqueza que preña la celebración litúrgica, ésta es siempre culto en el que se participa por la fe. Sin la fe, los misterios que se celebran son impenetrables para los que asisten, y su participación no deja de ser un buen deseo que no termina de ser efectivo¹⁰. Más aún, sin la fe los misterios que se celebran no actúan con toda su eficacia en la vida del creyente. "La actitud de fe pertenece intrínsecamente a la realidad litúrgica y sacramental... Se deduce de aquí que toda la actividad litúrgico-sacramental de la Iglesia constituye, sí, una auténtica y gratuita oferta de gracia, pero no sin solicitar por su parte la acogida de la fe. Y sólo en cuanto que los sacramentos expresan la fe, 'signa protestantia fidem', llegan a ser verdaderamente signos eficaces de la gracia que salva"¹¹.

Ya vimos cómo la oración pivota en torno al acto de fe, y cómo ella, a través del encuentro íntimo del orante con Dios, la ejercita y fortalece. En este punto es donde la iniciación en la oración personal contribuye de manera esencial a la participación y aprovechamiento del creyente en la celebración litúrgica, sacramental o no. Ciertamente, una iniciación litúrgica que no vaya paralela a una iniciación oracional corre el riesgo de reducirse a una iniciación formal en acciones y palabras que a la conciencia del neófito aparecerá como mero ritualismo y verbalismo sin significado. Por contra, al considerarla integrada con el entrenamiento en la oración, el nuevo creyente se irá capacitando para atravesar, por la fe, los elementos de la dinámica celebrativa y alcanzar el corazón de la misma, aquello que significan a la vez que realizan: la acción salvadora de Dios en favor del hombre y la alabanza de Dios por parte de éste. La iniciación oracional tiene la capacidad de iluminar la fe y fortalecer las demás

¹⁰ La participación de los creyentes en la celebración litúrgica es el objetivo fundamental que recorre toda la reforma litúrgica conciliar. Cf. SC 11, 14, 19, 31, 48, 50...

¹¹ E. Alberich, *o. c.*, 221. Este mismo autor apostilla, citando a J. M. R. Tillard, "Le nuove prospettive della teologia sacramentaria": *Sacra Doctrina* 45 (1967) 44: "La teología clásica decía: 'no hay sacramento fructuoso, sin la fe del sujeto'; la teología contemporánea prefiere decir: 'no hay acontecimiento sacramental, sin la fe'. No se niega de ningún modo la eficacia *ex opere operato* del rito, pero se la quiere situar en el verdadero clima que le permita realizarse. Al binomio 'sacramento y fe' se prefiere la fórmula tradicional 'sacramento de la fe'.

disposiciones fundamentales para que el creyente pueda acoger fructífera-mente el misterio salvífico que se celebra en la liturgia. Así, encontrará detrás de cada gesto y palabra la ternura de Dios y expresará en cada plegaria la entrega personal que sus palabras balbucientes intentan declarar.

A la vez, las actitudes que el creyente va fraguando pacientemente en la intimidad oracional serán las llaves que le permitan abrir las puertas de una participación activa en la liturgia de la Iglesia. La conciencia de formar parte de Cristo y de su cuerpo, la humildad de corazón para dejar hacer al Espíritu de Dios, la confianza filial, la familiaridad interior con la escucha y acogida de la palabra, un espíritu que deja modular en él actitudes de alabanza, adoración, confianza, arrepentimiento e intercesión, una mirada penetrante que capta los signos del amor de Dios... son algunas de estas disposiciones fundamentales que están a la base de una activa y personal participación en la liturgia y que sólo a través de un trabajo lento y esforzado el creyente puede fraguar. La intimidad oracional es el lugar privilegiado para que, con la ayuda de Dios, el creyente se apareje para el culto público de los misterios de la fe y pueda hacer de la oración de la Iglesia su propia oración.

4. *La iniciación en la acción apostólica y misionera de la Iglesia*

La misión evangelizadora define a la Iglesia: ella "existe para evangelizar" (cf. EN 14)¹². No puede pensarse, por tanto, en una iniciación completa a la vida cristiana si esta dimensión evangelizadora no está presente. El testimonio, la conciencia evangelizadora o el compromiso por instaurar el Reino de Dios en medio del mundo son realidades que son esenciales a la condición del cristiano. La catequesis tiene como una de sus tareas ineludibles iniciar a los creyentes en la misión evangelizadora de la Iglesia. Más aún en la situación socio-cultural actual, presidida por el secularismo y la increencia; en la cual, además, la presencia de los cristianos es minoritaria y, en la mayor parte de las veces, temerosa.

Se han pasado los tiempos en que se hacía una contraposición entre la experiencia de Dios y la experiencia del mundo; entre oración y lucha por la justicia; entre acción y contemplación. "El servicio al mundo" es parte

¹² La exhortación apostólica de Pablo VI *Evangelii nuntiandi* es la carta magna que orienta la evangelización de la Iglesia en el posconcilio.

integrante de la vinculación a Cristo (cf. CT 56; CA134). El mismo Jesús manifiesta en su vida que el trabajo a favor del Reino está unido a la relación de intimidad con el Padre que lo constituye. De hecho, Jesús es considerado orante del Reino, porque en el horno de la comunión de Jesús con Dios entra el mundo y la humanidad en trance de Reino.

No nos detenemos a justificar por qué y cómo la acción apostólica y la oración caminan conjuntamente; sólo decimos que la vida de oración y la vida apostólica son expresiones de una misma vida, "la vida en Cristo". Y, por tanto, ambas iniciaciones se complementan y enriquecen mutuamente¹³: la iniciación en la acción apostólica comprometiendo al creyente con Dios, a través de un trabajo efectivo en favor de su plan salvífico; y la iniciación en la oración conservando al cristiano en su condición de enviado y sosteniendo su trabajo de apóstol en los momentos en que el Reino parece no llegar.

a) La iniciación en la acción evangelizadora introduce en la voluntad de Dios.

Para iniciar en el compromiso evangelizador¹⁴, es necesario partir siempre de la referencia explícita a las fuentes de la vida y la acción cristiana: la condición de bautizado que tiene el creyente. La misión de construir el Reino y la tarea de anunciar el evangelio no es un añadido en su vida, dimana de su identidad de hijo de Dios, de su ser miembro y apóstol de Cristo, de poseer los dones del Espíritu. Es necesario que el cristiano se sienta referido permanentemente a su condición de miembro de la Iglesia y se descubra enviado y participe de una misión que, además

¹³ Es interesante el artículo de J. M^a. Castillo, "¿Liberación 'versus' oración?": *Sal Terrae* 6 (1987) 447-456. A la pregunta del título el autor responde: "La respuesta es clara: no hay auténtica oración si no arranca —de una manera u otra— del proyecto liberador. Y a la inversa, no hay liberación verdadera si no arranca de una profunda experiencia de auténtica oración", p. 456.

¹⁴ Con la expresión "compromiso evangelizador" queremos recoger los dos elementos fundamentales que deben entrar en mayor o menor medida, según las circunstancias, en la tarea evangelizadora: el compromiso por transformar los ambientes, los grupos, las estructuras, las relaciones... según el evangelio, y el anuncio explícito de Jesucristo y de su salvación, dando razón de la esperanza a aquellos que lo soliciten (cf. EN 21-22). Ambos elementos necesitan pedagogías particulares; nosotros nos limitamos a apuntar elementos comunes a ambos. Para este punto, cf. E. Alberich, *o. c.*, cap. 6: "Catequesis, caridad y compromiso", 162-182.

de precederlo, no le pertenece. Este es el marco en el que adquiere sentido y se fundamenta la iniciación en el trabajo apostólico.

Desde ese marco y en seguimiento de Jesús, primer evangelizador, la catequesis debe entrenar a sus discípulos en las actitudes fundamentales de todo apóstol. La mayor parte de estas disposiciones brotan de las enseñanzas de Jesús sobre la misión (cf. Mt 10,5-42 y Lc 10,1-20): los enviados deben tratar de ir allí donde está la gente y se juega el Reino; deben compartir la vida; han de evangelizar con obras y palabras; la pobreza evangélica ha de ser su signo de identidad, al igual que los pobres sus preferidos; han de ser conscientes y saber asumir el rechazo por el Reino; deben tener confianza en la acción de Dios por su Espíritu... (cf. CA 193). Los apóstoles, entrenándose en estas actitudes, aprenden a servir el Reino, a la vez que testimonian al Señor de dicho Reino. Es el modo de colaborar en la implantación de la gloria de Dios, que no llega a su cumplimiento hasta que los hombres tengan vida y conozcan a Dios como Padre¹⁵. Pero la iniciación en el compromiso apostólico tampoco puede perder de vista las exigencias comunes a cualquier compromiso que quiera incidir de modo efectivo en la realidad del mundo para transformarla. Por tanto, la introducción del creyente en dicho compromiso está mediada por una iniciación sencilla en la capacidad de hacer análisis, a partir de las aportaciones que hacen las ciencias humanas; por una ejercitación en la programación de caminos y estrategias de acción que tengan en cuenta las tareas prioritarias y las posibilidades reales de su realización; y, por último, la ayuda en la toma de contacto con plataformas de compromiso y transformación de la sociedad. Este entrenamiento común de los neófitos en el compromiso evangelizador, no impide que en la catequesis se suscite, según la vocación y el carisma, el compromiso apropiado para cada uno. La catequesis habrá de ayudarles a hacer un esfuerzo de búsqueda y de discernimiento para que cada uno pueda trabajar por el Reino de Dios en su ambiente y en su realidad, según sus capacidades¹⁶.

¹⁵ "La claridad de Dios vivifica y, por tanto, los que ven a Dios reciben la vida... La gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios": San Ireneo, *Contra las herejías*, Libro 4, 20, 5-7.

¹⁶ En esta educación en el compromiso evangelizador conviene distinguir entre vivir la vida comprometida evangélicamente —primera y permanente obligación del cristiano— y los compromisos evangelizadores extraordinarios —asumibles según la conveniencia y circunstancias del momento—. También es conveniente evitar la contraposición entre acción temporal y acción eclesial (cf. CA 195).

Todos estos elementos reseñados librarán al compromiso cristiano del angelismo del que muchas veces se le acusa. Y su iniciación pondrá a prueba la entrega que el orante hace de su vida a Dios. Por otro lado, los momentos de encrucijada, donde se deben tomar decisiones que con mayor o menor trascendencia implican la vida del creyente y el éxito o el fracaso del evangelio, serán un reenvío a permanecer cerca de aquel, en cuyo nombre se actúa. Las dificultades, sufrimientos y fracasos en nombre del evangelio, son momentos privilegiados en los que el creyente tiene la ocasión de identificarse con aquel que le ha enviado. Son tiempos de gracia donde el creyente es invitado a participar de la Pascua de su Señor y percibir cómo la fuerza se manifiesta en la debilidad. Sólo en el trato de amistad íntima con el enviado del Padre es donde se produce la misteriosa configuración del apóstol con Cristo y la renovación de las motivaciones de su compromiso personal.

b) La oración sostiene el compromiso cristiano como acción evangelizadora¹⁷.

El compromiso por instaurar el Reino no sólo supone instaurar un mundo más justo e igualitario, donde todos los hombres sean reconocidos en su dignidad; supone también el anuncio y el testimonio del amor incondicional del Padre, que redimensiona esas aspiraciones de la humanidad. Esta perspectiva, que no sólo reconoce al hombre en cuanto tal sino que le considera hijo de Dios y heredero de su vida, es la que exige, si no quiere quedarse corta, que el creyente lleve adelante su compromiso evangelizador en permanente diálogo con el Padre. Así lo manifestaba el trabajo evangelizador de Jesús, cuando a la vera del camino se retira a tratar con su Padre el modo de instaurar el Reino. Por otro lado, en la misión que encomienda a sus discípulos de implantar el Reino, Jesús les manifiesta que el corazón de su compromiso es el trato de Dios como "Abba" y la búsqueda de su voluntad. La catequesis del Padrenuestro debe subrayar la conjunción fundamental de ambos extremos: paternidad de Dios y venida de su Reino; santificación de su nombre y cumplimiento de

¹⁷ "El lugar privilegiado para la oración es la liberación. Pero no sólo eso. Se trata, además, de comprender también que el proyecto de la liberación se hace prácticamente imposible si no va acompañado de una profunda experiencia de oración... porque el proyecto de la liberación no es un proyecto simplemente humano, sino que es el gran proyecto de Dios sobre la humanidad", J. M^a Castillo, *o. c.*, 455.

su voluntad. En definitiva, las tres primeras peticiones y las cuatro últimas¹⁸. Pero además, el creyente no tiene más modelo para el trabajo por el Reino que el propio Jesús. En él se manifiesta lo que es el Reino y el modo de trabajar por él. Y él asegura su compañía en medio del trabajo evangelizador. Desde este horizonte irrenunciable, aquel que quiere ser apóstol del Enviado de Dios no puede por menos que tratar permanentemente con él en la oración. Sólo en ella, el creyente puede introducirse, con Cristo, en el corazón apasionado del Padre; sentir la compasión ante la muchedumbre sufriente y desorientada y dejar que sea su Espíritu quien ponga en él las palabras y fuerzas que testimonien y obren los signos de Dios. Sólo apoyado en Cristo puede elegir pobreza en vez de riqueza, servicio en vez de poder y a los pobres recibirlos como compañeros y destinatarios privilegiados del Reino...

La vivencia oracional del creyente es la que facilitará que el compromiso evangelizador brote de la experiencia gozosa del evangelio y no de un imperativo exterior o de una mera estrategia. Y que el mismo trabajo apostólico sea culto agradable a Dios, porque él ha tenido a bien llamar al creyente a servirle en sus hermanos anunciándoles su amor. Más aún, la misma vivencia oracional, manifestada a los que rodean al trabajador del Reino, es, en sí misma, testimonio de la presencia oculta de Dios. "Cuando al compromiso se une la oración, el creyente acredita que su entrega va más allá de la simple filantropía. La gente comprende que un hombre entregue su vida por salvar a otro hombre. Lo que la gente ya no entiende es que se pase de ahí, hasta llegar a lo que no sirve para nada y para nadie... Dios, revelado en Cristo, sigue siendo para nosotros absoluto. Y por eso, insustituible"¹⁹.

¹⁸ J. Jeremias dice que "si pretendiésemos recapitular en una expresión los misterios inagotables que encierran las pocas frases del Padrenuestro, la más apropiada sería una que ha ocupado notablemente la investigación neotestamentaria de los últimos decenios: la escatología en realización": *Abba y el mensaje central del Nuevo Testamento* (Salamanca, Sígueme, 1981) 235. Esta clave de lectura, que permite una comprensión global del Padrenuestro, es la que impide separar las tres primeras peticiones de las cuatro restantes. Cf. La segunda sección de la cuarta parte de *Catecismo de la Iglesia Católica*, el comentario al Padrenuestro.

¹⁹ J. M^a Castillo, *Oración y existencia cristiana*, o. c., 209-211. Por la oración, "la fe cristiana puede decir a la gente algo que nadie más puede decir, precisamente porque brota de algo que es absolutamente indecible. Sólo el que tiene fe puede hablar del misterio de la fe (2 Cor 4,13; cf. 2 Cor 8,7; Rom 10,8; 1 Tes 2,13)", p. 210.